

Por razones como aquéllas, recuperar, estudiar y divulgar constituyeron el desafío asumido por María Rosa Palazón y el resto del equipo de editoras y editores de la obra lizardiana. Se trataba de un “reto salvador”, explica ella sin exageración en el artículo dedicado al Pensador Mexicano. El trabajo crítico de Palazón, así como los firmados por Christopher Conway, Rafael Olea Franco, Manuel Sol, José Ortiz Monasterio y María Teresa Solórzano Ponce, Margo Glantz, Ana Laura Zavala Díaz, Blanca Estela Treviño García, Adriana Sandoval, Yliana Rodríguez González, Belem Clark de Lara, Klaus Meyer-Minnemann, Pablo Mora y Javier Ortiz, constituyen un elocuente balance de cuanto conocemos y desconocemos sobre el siglo XIX mexicano en materia de literatura.

En suma, si atendemos a lo mostrado por esas críticas y críticos, el campo explorado es tan anchuroso como fecundo: ya lo había demostrado Olea Franco cuando editó el volumen colectivo *Literatura mexicana del otro fin de siglo* (2001); lo que resta por hallar y examinar se antoja un reto mayor. Sirva el primer volumen de *Doscientos años de narrativa mexicana* para estimular el interés en las letras mediante las cuales nuestros antepasados inquirieron, embellecieron, plasmaron, reconstruyeron y significaron un país que, como hoy, intentaba ser menos ignorante y violento, más civilizado y trascendente.

LETICIA ROMERO CHUMACERO

Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Cuauhtpec

RAFAEL OLEA FRANCO (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana*. T. 2: *Siglo XX*. El Colegio de México, México, 2010; 504 pp.

Con el afán de establecer un diálogo con la tradición literaria y abrir rutas de lectura en el marco de la narrativa del México independiente, El Colegio de México publicó en 2010, durante la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución, los dos volúmenes de la serie *Doscientos años de narrativa mexicana*, uno dedicado al siglo XIX y otro al XX. Comentaré aquí el segundo volumen, editado por Rafael Olea Franco, con la colaboración de Laura Angélica de la Torre.

En la “Nota editorial”, presente en ambos volúmenes, se rinde homenaje a la compilación crítica *Cien años de novela mexicana* (1947), de Mariano Azuela. Por ello es un acierto que el primer estudio del volumen, elaborado por Víctor Díaz Arciniega, abra con una reflexión sobre el carácter crítico de la obra de Azuela. El peso de esta presencia en las primeras páginas del tomo 2 es destacable, además, porque puede notarse que ninguno de los textos compilados tiene ya relación

alguna con el juego de aparente rechazo de la actividad crítica planteado por Azuela al inicio de su libro. Al respecto, acotaba el autor de *Los de abajo*: “Clasifíquese como se quiera –*Cien años de novela mexicana*– no es en realidad más que la expresión fiel de mi pensamiento, de mis aficiones y de mis gustos personales. No habría trazado una sola de estas líneas si me hubiera puesto en el caso de hacer crítica literaria”<sup>1</sup>. En estas afirmaciones, como se comprueba a lo largo de esta obra de Azuela, puede advertirse ya la importancia que otorga a la experiencia personal de lectura, y la distancia que toma del término “crítica literaria”.

Obviamente, la compilación de estudios publicada por El Colegio de México, en un horizonte muy distinto de ejercicio crítico, se aleja por completo de esta postura. Así, la convivencia de diversas voces y enfoques no pone en tela de juicio la posibilidad de acercarse tanto al estudiante como al académico –y quizás a algún otro lector, según se apunta como deseable– con las obras y autores comentados. Al aceptar sin reparos su función, no elude la búsqueda de un rigor analítico e interpretativo de las obras, hasta alejarse de lo que probablemente fueron por principio “aficiones y gustos personales”, a favor de la exposición de algunas características concretas de las obras tratadas desde enfoques teóricos o reflexivos diversos. Un ejemplo de ello es el trabajo de Christopher Harris, quien propone reconsiderar la obra narrativa de Agustín Yáñez desde los Estudios Culturales Latinoamericanos. El horizonte y las rutas recorridas, como decía inicialmente, han cambiado.

El elenco de especialistas agrupados en esta propuesta es signo inequívoco del cuidado por brindar al lector acercamientos suficientemente fundamentados sobre los trayectos narrativo-literarios de los autores tratados; con la característica general de mantener un tono introductorio que permite el acceso a lectores no informados, pero con manifiesto interés por nuestra tradición literaria. Probablemente a este objetivo didáctico explícito responde la insistencia de largos segmentos biográficos en la mayoría de los artículos compilados. Esta particularidad es una forma de reconocer la necesidad de atraer a un público lector más amplio, a pesar de restar espacio a la parte dedicada al comentario crítico, donde muchos artículos se convierten más bien en una invitación o muestra para buscar posteriormente otros trabajos del crítico sobre el tema. Esta cualidad es resultado también de la elección de un objetivo muy ambicioso y de difícil equilibrio, por la amplitud de los receptores considerados, del período estudiado y, por supuesto, de la obra y relevancia de los autores incluidos.

No obstante, en ocasiones, la extensión de la exposición biográfica está relacionada con el enfoque crítico mismo. Con precaución

<sup>1</sup> MARIANO AZUELA, *Cien años de novela mexicana*, Botas, México, 1947, p. 11.

de no caer en un reduccionismo biográfico, textos como el de Yvette Jiménez de Báez sobre el trabajo literario de Juan Rulfo, dan cuenta de esta correlación entre vida y obra ficcional. En una línea cercana, sobre cómo la “escritura dota de un significado distinto a la vida” (p. 205), se ubica el deslinde y el rescate de la singularidad de las dos novelas de Josefina Vicens, realizado por Raquel Mosqueda Rivera. De forma paralela, entre lo biográfico y lo social, se encuentran las lecturas de Luzelena Gutiérrez de Velasco sobre Nellie Campobello y de Lucía Melgar sobre Elena Garro; ambas coinciden en destacar la posición que las autoras jugaron en momentos difíciles para la historia nacional y cómo supieron encontrar en la escritura una forma de recuperar y referir la violencia, la injusticia o el abuso del poder, a la par de configurar mundos narrativos donde infancia y anhelos aportan intensidad a su prosa.

Sobre una biografía como lector, profundamente crítico y capaz de entretejer lo autobiográfico con el “sueño de lo real”, encontramos el comentario sobre los textos de Sergio Pitol, en manos de Elizabeth Corral. Y si se sigue la línea de la recuperación de textos anteriores para la construcción de otros nuevos, la reescritura como parte central de la poética de José Emilio Pacheco tiene también cabida, trazada por las reflexiones de Edith Negrín y por el ensayo “Coda” de Rafael Olea Franco, donde se ofrece una trayectoria general de Pacheco como narrador. Sobre este autor, puede mencionarse a la par que es el único al que se dedican dos ensayos, por causas puramente circunstanciales, pero en generoso reconocimiento a su labor.

Sin contraste alguno, el motivo del centenario y el bicentenario, expuesto desde las primeras páginas y aludido ya en el título de la serie, cobra relevancia cuando la lectura de los trabajos críticos va dando cuenta de la estrecha vinculación entre acontecimientos sociales y prácticas literarias. Atmósferas, génesis de los textos y toma de postura sobre la forma de narrar son elementos que intervienen en la suma crítica presentada para mostrarnos un selecto mapa de posibilidades literarias. Esta lectura inseparable del entorno social parece ser un hilo conductor prácticamente en todos los trabajos, con la salvedad de recorridos literarios como el de Salvador Elizondo, sobre el cual Amadeo López resalta muy acertadamente su carácter autorreflexivo y su obsesión por estabilizar el ser *por y en* la escritura. De alguna manera cercano, únicamente por ubicarse en el ámbito fronterizo de la exploración narrativa que busca “esquivar las leyes de representación de la realidad” (p. 119), se encuentra el análisis de Evodio Escalante sobre el estridentista Arqueles Vela.

Ahora bien, en el marco del énfasis sobre la relación de las obras con la historia social y política de su época, pueden mencionarse textos como el dedicado a Martín Luis Guzmán por Fernando Curiel Defossé, enfocado a la relación entre historia y literatura; el trabajo de

Álvaro Ruiz Abreu, donde propone repensar el valor de la Novela de la Revolución, desde dos casos concretos: Rafael F. Muñoz y José Revueltas; y el recorrido de Georgina García Gutiérrez sobre la profusa y fundamental obra y figura del escritor Carlos Fuentes, en relación con México. No puede dejar de incluirse en esta línea, el panorama que nos presenta Ana Rosa Domenella de la narrativa multifacética de Jorge Ibargüengoitia, “observador crítico de las costumbres nacionales”, como un “modo diferente de ser contestatario y «revolucionario»” (p. 318).

Mención especial, por la reflexión que hace sobre realidad y literatura, e inevitablemente por la reciente muerte de un escritor de la presencia pública de Carlos Monsiváis, merece el artículo de Ignacio Sánchez Prado. En él, podemos leer un apunte general sobre esta “relación peculiar con la realidad” (p. 385) sostenida por la narrativa mexicana. Lo reproduzco dado el relieve que adquiere este lazo en todo el volumen. Anota Sánchez Prado: “Si bien existe un vínculo estrecho entre literatura, historia y vida cotidiana, la narrativa ha sido ante todo un intento de simbolizar y darle sentido al complejo y traumático devenir de la nación mexicana” (*id.*).

De los artículos que resaltan esa otra parte de nuestro pasado, correspondiente a la vinculación de las obras con la historia cultural y el legado literario precedente, destaca el de Elena Madrigal, sobre la breve pero fundamental escritura de Julio Torri, enfocado a un texto poco conocido y menos comentado del autor: “La Gloriosa”. Por su parte, Lourdes Franco Bagnouls se centra en la faceta narrativa de Jaime Torres Bodet, mejor conocido como poeta, con la apuesta por una revaloración necesaria y una reconsideración de sus características; baste como ejemplo la afirmación de la autora sobre la narrativa de Contemporáneos como “una pintura muy clara de México” (p. 103), más allá de los rasgos oníricos que tradicionalmente se le han atribuido. Desde la perspectiva de la revaloración, se añade la lectura de Sabine Schlickers de las novelas de Vicente Leñero, autor generalmente reconocido por su obra dramática, más que por su trabajo novelístico.

Los dos narradores más recientes del grupo son Cristina Rivera Garza y Jorge Volpi, tratados por los investigadores Martha Elena Munguía Zatarain y Tomás Regalado López, en textos donde bosquejan perfiles literarios y afirman una posición ya ganada en nuestra historia literaria. Es claro que llegados a este punto del tomo 2 de la serie es muy fácil caer en la tentación de querer agregar nombres, mucho más al advertir que no hay más páginas, y de los narradores de finales del siglo xx apenas se cuenta con dos nombres. Se añade la conciencia de que estamos ante una corta lista de autores incluidos: corta en comparación con la riqueza de nuestras letras y la necesidad de recuperación de muchos pasajes y páginas que no han recibido la atención debida. No es interés de esta reseña recurrir a este lugar común de toda antología o compilación, géneros siempre incompletos, siempre perfectibles,

nunca suficientes y propensos a que cada lector, especializado o no, elabore su propia lista de autores a incluir. Interesan las rutas marcadas, y es la expectativa que genera el verdadero aspecto a valorar desde el eco que esta compilación pueda llegar a tener.

Sobre este último punto, en su “Nota editorial”, Olea Franco no duda en admitir que ésta como “toda propuesta de lectura, por modesta que sea, aspira, de manera consciente o no, a influir en la constitución de un canon literario (o de una tradición cultural)” (p. 11); y añade la seguridad de que algunos de los autores analizados y los enfoques teóricos propuestos para su revisión llegarán a ser propiciadores de cambios en la recepción de estos dos siglos de narrativa mexicana. Afirmación que si bien es aventurada, adquiere su fundamento en el reconocimiento de la interacción ineludible entre apuestas críticas y prácticas literarias para conformar eso que llamamos tradición. Aclaro: eso no le resta su potencialidad polémica, radicada en la expectativa que genera al lector y aunada a la mala fortuna que las compilaciones tienen como género, cualidad referida ya.

Al respecto, el trabajo de Françoise Perus sobre la escritora chiapaneca Rosario Castellanos recupera en sus primeras líneas esta reflexión sobre la movilidad en la conformación de una tradición o canon literario: “El hecho de formar parte de una tradición literaria –o de un «canon», según la terminología que se prefiera– no consiste tan sólo en un asiento bien ganado y por ello inamovible dentro de una jerarquía establecida de una vez y para siempre”; puesto que estas tradiciones “ni homogéneas ni estáticas” son particularmente flexibles a los cambios sociales y a la aportación de instancias no solamente académicas (pp. 221-222). Esta perspectiva es coincidente con la planteada por diversos teóricos en la materia, como Enric Sullà, Itamar Even-Zohar o José María Pozuelo Yvancos, entre otros<sup>2</sup>; y permite dar cuenta de un proceso heterogéneo y complejo de conformación de repertorios y modelos en el campo cultural<sup>3</sup>.

En este contexto, añade Perus: “Las tradiciones –la literaria en este caso– no son sino maneras de organizar un *legado común* para su transmisión a las generaciones venideras” (p. 221), en un movimiento de interpenetración histórica hacia el pasado y su referida contribución a las ulteriores condiciones de recepción de las obras. De ahí, el valor didáctico del libro, pero también su participación en lo que pueden denominarse los *procesos de canonización*, ya que siguiendo a Josu Landa, como propone en su libro *Canon city*: “en realidad, no hay *un* canon literario, sino procesos de canonización en perpetua

<sup>2</sup> Véase, ENRIC SULLÀ (comp.), *El canon literario*, Arco/Libros, Madrid, 1998.

<sup>3</sup> Cf. ITAMAR EVEN-ZOHAR, “Factores y dependencias de la cultura. Una revisión de la teoría de los polisistemas”, *Teoría de los polisistemas*, comp. Monserrat Iglesias Santos, Arco/Libros, Madrid, 1999, p. 31.

actividad”<sup>4</sup>. Las formas en que la recepción de esta obra cobre o no impacto en el ámbito académico o fuera de él quedan, por supuesto, aún pendientes.

ELBA SÁNCHEZ ROLÓN  
Universidad de Guanajuato

IKER GONZÁLEZ-ALLENDE, *Líneas de fuego. Género y nación en la narrativa española durante la Guerra Civil (1936-1939)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2011; 265 pp.

Iker González-Allende establece en este libro la relación crítica entre el género sexual y la identidad nacional, continuando una conocida línea de trabajo que se había iniciado en las dos últimas décadas del siglo pasado en firmas de la talla de Lou Charnon-Deutsch, Jo Labanyi y Roberta Johnson. En sus respectivos proyectos de investigación, estas distinguidas hispanistas habían demostrado la existencia de un corolario ideológico entre la representación de la mujer y la identidad nacional en la producción literaria de los siglos XIX y principios del XX en España. González-Allende recoge este testigo crítico y partiendo de una premisa teórica que reconoce la simultaneidad con que se asocian proyectos nacionales y de género, argumenta que “a pesar de las diferencias ideológicas entre los republicanos y los sublevados, los dos grupos compartieron una concepción tradicional de las funciones asignadas al hombre y a la mujer en ese momento de crisis nacional” (p. 16). González-Allende no limita el alcance de su análisis a una mera identificación de la coincidencia de estereotipos sexuales en la idea de España que defendían republicanos y rebeldes. En este sentido, el autor añade que “en las cuestiones de género, los textos de las dos ideologías contradicen de manera velada el discurso oficial que teóricamente representan” (p. 16). El prestigio y relevancia de los pretextos que le ofrece la crítica peninsular moderna justifica a todas luces la continuidad del argumento de González-Allende en relación con la narrativa de la Guerra Civil de 1936-1939.

El libro está organizado por una introducción, dos partes divididas en tres, dos capítulos y la conclusión. La primera parte se titula “Feminidades y nación” y la componen los tres primeros capítulos. En el capítulo primero, González-Allende se dedica al análisis de la representación de la madre en *Una mujer sola* (1939), de la franquista Ana María de Foronda, y *Su línea de fuego* (1938-1940) del republicano Benjamín Jarnés. Para González-Allende, Foronda y Jarnés coinciden

<sup>4</sup> JOSU LANDA, *Canon city*, Afínita, México, 2010, p. 12.